



La economía misional y la subsistencia indígena en Sonora Siglo XVIII

*Cynthia Radding**

Este trabajo analiza la evolución de los sistemas indígenas de obtención y distribución de los recursos dentro de la economía misional en el ambiente ecológico y cultural del Noroeste de Nueva España. Explora la producción de EXCEDENTES, definidos como aquellos bienes y servicios que pueden separarse de las necesidades básicas de subsistencia, factibles al pago de impuestos de una forma u otra y susceptibles a transacciones en el mercado. La noción de un producto excedente que sostenía el proyecto colonial contrastaba con el entendimiento holístico que los pueblos sonorenses tenían de la SUBSISTENCIA como el trabajo combinado para asegurar su existencia material y satisfacer las necesidades sociales y ceremoniales de la vida en comunidad. Ambos conceptos, subsistencia y excedente, sirven para desentrañar los hilos que amarraban a la comunidad y la misión en una red de interdependencia económica.

En la economía nativa de la sierra sonorensis, la unidad familiar constituyó la unidad básica de producción y distribución de los bienes esenciales. El consumo, en lugar de la acumulación de propiedad o la maximización de la renta, fue su meta principal. Aun cuando los pueblos serranos más avanzados en las técnicas de la agricultura irrigada lograron excedentes de maíz, sus estructuras coercitivas para exigir niveles de producción más allá de las necesidades de subsistencia permanecieron débiles en un ambiente de microclimas contrastantes y condiciones inciertas para los rendimientos agrícolas. Los agricultores, cazado-

res y recolectores indígenas intercambiaron alimentos, fibras, sal, telas, pieles, conchas y otros materiales ceremoniales en la región circunscrita por el Desierto de Sonora y los acantilados de la Sierra Madre Occidental. Los patrones de producción e intercambio retuvieron su carácter local bajo el régimen colonial, aún frente a las demandas crecientes de los españoles para mano de obra y bienes excedentes (Carroll Riley 1987: 48, 68, 76-85; Beatriz Braniff 1985).

La misión jesuita fue la institución colonial que más directamente afectó a la comunidad indígena. El régimen misional encontró prácticas económicas nativas que mostraron tradiciones "primitivas" y campesinas. Los pueblos agrícolas que habitaban el somontano de Sonora poseían la capacidad física y tecnológica para producir excedentes y ciertos grupos —particularmente los ópatas— buscaron una salida para esta energía productiva a través de las misiones y la red comercial que se desarrolló alrededor de los reales de minas y los presidios.

La evidencia analizada a continuación sugiere que las misiones proveyeron el eslabón entre el pueblo nativo y el mercado colonial, pero que a largo plazo la misión absorbió la economía nativa y dio lugar al empobrecimiento de la comunidad. A través de la política de reducción y la imposición de una disciplina comunal de trabajo, el régimen misional consolidó las estructuras de la comunidad y las dotó de funciones económicas específicas. La misión aumentó la capacidad de la comunidad para generar excedentes y mantener una pequeña jerarquía de oficiales agraciados con títulos provenientes del cabildo rural español, pero impuso demandas crecientes sobre la energía productiva de la unidad familiar.

* Assistant Professor of History. Fellow, Center for International Studies. University of Missouri - St. Louis.

Tres sistemas de cultivo

La fertilidad de Sonora es increíble. Aunque mal cuidado, el suelo se muestra tan pródigo que por cada fanega que se siembra regresa cien o más en maíz, y con el trigo se obtendrán treinta, cuarenta o más fanegas. La buena cosecha depende únicamente de que el suelo tenga la humedad necesaria oportunamente. (Ignaz Pfefferkorn 1984 (I): 57).

Antes de la llegada de los españoles, los pueblos de la sierra y del desierto habían desarrollado una variedad de técnicas para cultivar en campos abiertos y pequeñas huertas. Horticultores experimentados, su conocimiento en la selección de plantas, conservación de las tierras y manejo del agua les permitió sobrevivir en este ambiente semi-árido. Las prácticas agrícolas nativas establecieron tres patrones distintos, cada uno de ellos adaptado a diferentes zonas ecológicas. Los *papawi o'odham* ("pimas comedores de frijoles" o pápagos) sembraron cultivos efímeros en las bocas de arroyos durante las lluvias de verano y crearon plantíos divergiendo las aguas a planicies de aluvión en el desierto (Gary Nabhan 1982; 1986a,b). Los pimas de las montañas, llamados *nebome alto* en Onavas, Nuri, Movas y Yécora, desarrollaron una agricultura dependiente de las lluvias de temporada. A más de mil metros sobre el nivel del mar, sus milpas recibieron suficientes lluvias de verano para las siembras de *temporal*, no obstante los estrechos depósitos aluviales que limitaron las posibilidades de irrigación. La agricultura de las planicies fluviales que usaban diques de diversión, hileras de bardas vivas y canales de irrigación, caracterizaron los principales valles de ríos de los territorios étnicos de los ópatas y los eudeves en el corazón de la provincia de Sonora. Las técnicas agrícolas indígenas en esta zona, que maximizaron el flujo de agua de los arroyos y del cauce principal del río a suelos fértiles, establecieron la base productiva para una economía campesina. Después de la Conquista, el régimen de las misiones floreció en estos valles, sostenido por la horticultura y las estructuras comunitarias nativas.

Los *nebomes*, ópatas y eudeves de los poblados de la sierra expuestos a la vida en las misiones, adaptaron un arado rudimentario para remover la tierra en las milpas desmontadas. Fabricaron un instrumento rústico con punta de madera, jalado por bueyes para hacer sus surcos, arando la tierra sólo una vez para cada siembra. Los sonorenses nativos sembraban sus campos a mano y cuidaban sus co-

sechas mediante los implementos tradicionales: un palo para cavar (en pima, *cupiara*) y el azadón (en pima, *quica*, equivalente al *coa* de Mesoamérica). Los hombres y las mujeres trabajaban conjuntamente para sembrar e irrigar sus campos. Era tarea de los niños alejar a los depredadores con hondas y arcos y flechas: aves, roedores y tejones (Campbell Pennington 1980 (I): 147; Ignaz Pfefferkorn 1983 (II): 61-63; Juan Nentvig 1971: 141).

Los pueblos serranos tenían numerosos cultivos sacados de su tradición nativa enriquecida por los cultivos del Viejo Mundo introducidos por los misioneros. Además de las cucurbitáceas y los frijoles, asociados con los pápagos, los pobladores de las tierras altas sembraron algodón, *camote* y distintas variedades de maíz. Tenían cosechas dobles cuando las lluvias de invierno (*equipatas*) proporcionaban suficiente humedad para arar en enero.

El trigo resultó ser el cultivo europeo de campo más difundido, plantado generalmente en el invierno y cosechado a finales de la primavera. Las parcelas nativas proporcionaban alimentos, fibra para hilar, tintes, hierbas medicinales y plantas de ornato. El amaranto, valioso tanto por sus hojas como por sus semillas, el chile, el tabaco cultivado —todos cultivos nativos— crecían junto con garbanzos, chícharos, habas verdes, lentejas, cebollas, rábanos, perejil, cilantro, sandías y melón. Los huertos de las misiones producían higos, duraznos, chabacanos, granadas chinas, membrillos, uvas, cítricos, así como otras frutas de origen europeo (Ignaz Pfefferkorn 1984 (I): 57-67; Campbell Pennington 1980 (I): 148-149, 165-178; Juan Nentvig 1971: 140-141).

Forrajear y cazar

Las habilidades agrícolas de los pueblos serranos partían de su vasto conocimiento de la flora silvestre de la zona. Los habitantes de la sierra encontraron que muchas especies de plantas silvestres eran aprovechables como alimentos, medicinas, herramientas, vestimenta, jabón y material de construcción. Las vainas de mezquite (*péchita*) maduraban en junio, el mes árido anterior a las lluvias del verano en el ciclo agrícola. *Temakis*, una especie de camote silvestre, era amargo, pero comestible. El amole, el torote prieto y el chayacote proporcionaban jabón para bañarse y lavar la ropa. Las hojas de malva eran aplastadas para formar un champú. Las mujeres pimas fabricaban peines de las frutas espinosas de los cactus de las laderas de las montañas y recolectaban

innumerables raíces, hojas, cortezas e hierbas de tallo, estimadas por sus propiedades curativas y su poder para envenenar a las presas y a los guerreros enemigos (Campbell Pennington 1980 (I): 304-306; Pfefferkorn 1984 (I): 67; 1983 (II): 59).

Las mujeres recolectaban la mayoría de las plantas silvestres, pero los hombres recolectaban el mezcal, el corazón del *Agave yaquiana* que tostaban en hornos comunales de foso para luego fermentar su líquido dulce. Varias especies de agave proporcionaban a la población serrana alimento y fibra para hilar. Hacían trueque con tortas de mezcal y tejían las fibras de pita, convirtiéndolas en cordeles. De la lechuguilla, palma del suelo, sotol y palmilla, los pimas de la sierra preparaban fibras de diferentes grosores para tejer canastas. Los tejedores indígenas hacían vasijas a prueba de agua, usadas para el almacenaje, como tazas y platos, para el despajado del trigo y aun para guardar agua y hacer que las provisiones flotaran a través de ríos y arroyos (Ignaz Pfefferkorn 1984 (I): 67; 1983 (II): 53; Campbell Pennington 1980 (I): 297-299; Charles DiPeso 1956: 450-451, 455).

El padre Pfefferkorn afirmaba que la cacería constituía la actividad más apreciada por los hombres de Sonora. El matar animales salvajes de caza fue indudablemente un medio importante de aprovisionamiento de alimentos para toda la comunidad. Además, todo el complemento de actividades asociadas con el tallado de implementos de madera y piedra, la creación de máscaras con semejanza de animales, el ritual y la distribución de las presas de caza al regresar al poblado, conjuntó los símbolos externos de prestigio asociados con las habilidades comprobadas de acechar y matar a los animales y el conocimiento de magia.

El regalo y el trueque

El intercambio constituyó el eje central de la economía sonorensis, de modo que el trabajo, la producción y la distribución eran los medios inseparables para la obtención de los recursos. El intercambio ritualizado de regalos reguló sus relaciones con el entorno y los nexos que integraban a sus comunidades. Las convenciones indígenas en cuanto al otorgamiento de regalos fomentaban los valores de generosidad y abundancia, de modo que el comercio entre los grupos emparentados y zonas tribales se efectuó mediante el intercambio recíproco. Los o'odham del desierto, que vivían

principalmente de la pesca y la recolecta de plantas silvestres, migraban largas distancias hacia los valles de Gila, San Pedro, Altar y Colorado, donde ofrecían canastas, conchas, dulces y bebidas elaboradas con la fruta del sahuaro, y su trabajo a cambio de trigo, maíz, frijoles, vainas de mezquite, calabazas y algodón. En tiempos de hambrunas, los o'odham realizaban una "Danza de Mendicidad" ante los pobladores pimas del fértil valle de Gila para pedir alimentos (Charles DiPeso 1956: 445; Ignaz Pfefferkorn 1983 (II): 61-63; Ruth Underhill 1946, 1979).

Los habitantes del desierto y la sierra se relacionaron con la economía de los misioneros de acuerdo con sus nociones profundamente arraigadas del intercambio de regalos. Los jobas semi-nómadas, quienes vivían en los márgenes orientales de la provincia en la fragosidad de la Sierra Madre Occidental, tejían esteras de las fibras de palmilla, que intercambiaban en los poblados de ópatas y eudeves por alimentos y vestimenta (Juan Nentvig 1971: 118). Los indios de misión cultivaban ciertos alimentos europeos para el intercambio, aun cuando no los habían incorporado en su propia dieta. El Padre Pfefferkorn reportó:

No tienen un gusto especial por aves de corral o de caza. Nunca comen pollos o huevos, aunque no saben por qué. Sin embargo, crían gallinas y les gusta tenerlas cerca de su choza. Los indios convertidos traen huevos y pollos a los españoles o a los misioneros y reciben a cambio tabaco, navajas, agujas y otras cosas. (Ignaz Pfefferkorn 1983 (II): 58.)

La mercancía europea llegó a los pueblos serranos mediante la economía colonial en las misiones, los reales de minas y los presidios. Las habilidades artesanales nativas en hilados, tallas y alfarería desarrolladas originalmente para proporcionarles las herramientas y los enseres sencillos a sus hogares, se convirtieron en la producción de bienes de intercambio. Los indios conversos —especialmente los ópatas y eudeves— emulaban las modalidades españolas en el vestir y participaban activamente en los mercados locales para vender sus productos y mano de obra, para poder comprar la vestimenta, herramientas, y otros bienes que habían aprendido a desear. Los campesinos indígenas participaban en la economía colonial, transformando gradualmente sus prácticas tradicionales en formas mercantiles de intercambio. La contradicción entre el intercambio ritualizado y el mercado colonial, en el que los

compradores y vendedores negociaban para obtener un precio ventajoso (aun bajo condiciones de trueque) explicó, en gran medida, la calidad desigual de la integración indígena a la economía colonial. Para mediados del siglo XVIII, los misioneros reportaron que la mayoría de los indios habían consumido sus provisiones antes de la siembra de la estación siguiente. Por ejemplo, los pimas de Caborca cultivaban poco maíz y consumían o vendían la cosecha de trigo a los vecinos poco después de la cosecha. El padre Sedelmayr escribió: "por este motivo, cada año hay tiempo de hambre en Caborca." (Jacobo Sedelmayr 1749, University of Arizona Special Collection [UASP] Az 370.)

La proclividad de los sonorenses a saciarse en tiempos de cosecha posiblemente proviene del contraste cíclico de abundancia y escasez que marcaba su entorno. Tanto física como culturalmente, los pueblos nativos habían aprendido a consumir y compartir en tiempos de abundancia y a aguantar en las temporadas de sequías. Los moradores de la sierra y del desierto iban periódicamente a diferentes zonas para cazar, pescar y recolectar semillas y raíces siguiendo el ritmo natural de la maduración de las plantas y los patrones migratorios de la fauna. En tiempos de escasez o de malas cosechas, posiblemente la mejor defensa de los sonorenses contra el hambre era su tradición de distribuir todos los alimentos entre el grupo de parientes. Así, los indios residentes en las misiones tendían a consumir o compartir sus suministros de alimentos y telas a través de sus redes de intercambio que se extendían fuera de los pueblos (Archivo de la Mitra, Hermosillo, Archivo Diocesano [AMH AD], Leg. 1).

En resumen los indígenas habían desarrollado una amplia red de recursos para la supervivencia en este ambiente semi-árido. La horticultura y la recolección proporcionaban una variedad impresionante de especies y cultivos útiles, más que adecuados para alimentar, vestir y albergar a los pueblos nativos. Poseyeron técnicas, para cosechar en el desierto e irrigar los aluviones, bien adaptadas al entorno. Las acequias de tierra, los vertederos de broza y las bardas de material vivo proporcionaron el flujo del agua necesario para cultivar las terrazas bajas, justo por encima del cauce del río. Al atrapar los suelos de aluvión de las inundaciones anuales, los agricultores serranos crearon milpas para producir sus propios alimentos sin causar una degradación seria debido al corte de los arroyos o la pérdida de la vegetación ribereña. Vivían con los arroyos tortuosos, expandiendo y contrayendo sus campos

cultivados de acuerdo con los depósitos aluviales fluctuantes y los patrones cambiantes de las lluvias (Thomas Sheridan 1988: 55-56; Henry Dobyns 1981: 45-68).

La economía de la misión

Los misioneros construyeron su sistema de reducciones sobre los patrones indígenas de subsistencia. Su objetivo fue aumentar la productividad nativa y administrar los excedentes, pasando alimentos y ganado de zonas de abundancia a las de escasez en las zonas fronterizas. El envío regular por los jesuitas de granos, ganado y trabajadores indígenas de los poblados prósperos de los valles del Yaqui y Mayo a las nuevas misiones de la Pimería Alta y Baja California a principios del siglo XVIII, ilustra su concepto de una economía regional que comprendía las capacidades productivas de unidades domésticas y de comunidades (Edward Spicer 1980: 30; 1962: 292).

Además, la organización de los jesuitas en cuanto a las poblaciones bajo su control respondió a "un propósito más alto" cuya naturaleza fue esencialmente no económica: la evangelización cristiana y la salvación de las almas paganas. Los misioneros entendieron su tarea en términos religiosos; por tal motivo invirtieron una parte significativa de sus ingresos, derivados de la capacidad productiva de los indígenas, en la construcción de iglesias y en su adorno. Las iglesias evolucionaron de simples ramadas de postes horquillados con techos de pajas o ramas entretrejidas, en iglesias construidas de adobe, piedra y ladrillos horneados ("cal y canto"). Su fábrica simbolizaba el santuario cristiano y la vida estructurada que los españoles quisieron consolidar en las comunidades nativas.

La organización de la mano de obra dentro de las poblaciones reflejó los objetivos económicos y políticos de los misioneros. Asignaron las tareas en común para lograr un excedente de granos destinado para la redistribución o venta, trabajando a través de las autoridades indígenas a las que habían nombrado para establecer una jerarquía civil en cada misión. Los gobernadores y alcaldes nativos en cada cabecera misional estaban a cargo del cultivo de las tierras de la comunidad. Ellos, a su vez, asignaban faenas agrícolas y designaban pastores y vaqueros para cuidar el ganado de la misión. Hay únicamente evidencia fragmentaria en cuanto a las tareas específicas asignadas a los trabajadores indígenas, tanto

hombres como mujeres. Ocasionalmente, los apellidos aplicados a los indios indican una ocupación o habilidad dada: v.g. carpintero, hilandero (tejedor), o jardinero (hortelano) (Archivo General de la Nación [AGN] Jesuitas IV-10, exp. 201, f. 235v; exp. 142, f. 176).

Además de las milpas individuales diseminadas a lo largo de la planicie de los ríos, trabajadas generalmente por los horticultores nativos, cada poblado cuidaba un pedazo de tierra comunal que pertenecía a la misión. Los misioneros recibían (y disponían de ellas) las cosechas recogidas en el común, en lugar de los diezmos y cuotas religiosas recopiladas en las parroquias seculares. Durante el ciclo agrícola de siembra, deshierbado y cosecha, los misioneros alimentaban a los indios asignados para trabajar en el común con "un plato lleno de pozole" tres veces al día. Las cosechas comunales eran distribuidas entre todas las familias quienes habían realizado servicios de trabajo o tenían un puesto político en la misión. Los misioneros compraban telas anualmente para proporcionarle a los indios ropa sencilla de algodón, así como tabaco, medicinas de las que no se disponía localmente, cuchillos, tijeras, agujas y otros implementos para proporcionárselos a los residentes de las misiones. Además, como se mostrará a continuación en mayor detalle, una importante porción de sus gastos en efectivo iba destinada a la construcción de iglesias, a las imágenes religiosas, y a las vestimentas para los sacerdotes (Pfefferkorn 1983 (II): 144-146; Spicer 1980: 21-32; Biblioteca Nacional Fondo Franciscano [BNFF] 32/663).

La economía de la misión dependía fuertemente de los ciclos naturales de las temporadas de lluvia y sequía. Las cosechas semi anuales de granos se basaban en las técnicas nativas descritas arriba para las planicies de inundación. Por consiguiente, los campos designados para apoyar a las misiones fueron tan vulnerables como las milpas de los indios ante las inundaciones destructivas y las sequías que amenazaban las siembras. En 1762, los padres Jacobo Sedelmayr de Mátape y Andrés Michel de Ures se conmovieron en relación a las inundaciones que siguieron a las copiosas lluvias de verano: "Si es verdad lo que oí con harto sentimiento que la creciente se llevó a V.R. [Vuestra Reverencia] las milpas, como a mí" (AGN Jesuitas IV-10, exp. 4, f. 32).

Posiblemente, más que las crecientes periódicas de los ríos y arroyos, se temían las sequías prolongadas, amenaza para las siembras y el ganado. A principios de la década de 1750, la doble amenaza

de enfermedad y sequía pesaba fuertemente en el valle de Sonora. El padre Nicolás de Pereza notó que debido a una epidemia que azotó a los pueblos, la mano de obra era escasa: tan sólo se sembró en unos cuantos campos y las cosechas se pudrieron en las plantas debido a la falta de personas para la pesca. En los tres años siguientes la misión padeció cosechas de maíz severamente reducidas, y las de frijoles y garbanzos se perdieron totalmente debido a la falta de agua (AMH Archivo del Sagrario 1 [1666-1828] f. 144-146).

Los misioneros aprovecharon los festivales religiosos para reforzar la disciplina requerida para la economía comunal. La pompa de las procesiones religiosas en Viernes Santo o en Corpus Cristi les daba dignidad a los gobernadores indígenas vestidos con ropa especialmente elegante. La distribución de las cruces de cenizas al inicio de la Cuaresma y las palmas bendecidas el Domingo de Palmas llevaba a "muchedumbres" hacia las iglesias de las misiones. Las ofrendas de alimentos usadas para conmemorar el día de Todos los Santos y el día de los Fieles Difuntos dieron mayores bríos a la cosecha de otoño. Y claro está, la Navidad traía consigo una nueva ración de granos, así como regalos de telas, tabaco y otros alimentos.

Las casas de comunidad, viviendas públicas o albergues, constituyeron otro punto focal de recursos comunales en las misiones. Los indios construyeron estas salas comunitarias que sirvieron básicamente para proporcionar hospedaje a los viajeros, a autoridades civiles y a sus acompañantes militares. El común (la riqueza combinada de granos almacenados, ganado y ventas de los productos de una misión) aprovisionaba y reparaba las casas de comunidad. Una autoridad nativa, el *topil*, fue asignada para proporcionar alimentos y leña a los visitantes y forraje a los animales, sin recibir ninguna remuneración a cambio. Esta situación provocó que los visitantes abusaran de los servicios de los topiles y a finales del siglo XVIII, muchas casas de comunidad habían caído en deterioro y dejaron de proporcionar sus servicios. Luego parece que dichos edificios hayan sido utilizados como lugar de reunión para el consejo del pueblo, o como escuela, así como eran albergue para los viajeros. Sin embargo, el uso casi exclusivo de las casas de comunidad como lugar gratuito de hospedaje para quienes pasaban por los pueblos las convirtió en un conducto de contacto personal económico y directo entre el pueblo y el sector colonial (BNFF 32/633: 34/733 [1778]).

Misiones y mercados provinciales

Las misiones participaron en una red comercial a través de la venta de productos y ganado, la compra de mercancías, y el contrato de mano de obra indígena fuera de los pueblos. Los misioneros se surtían de bienes a través de las Memorias anuales, unas listas de provisiones enviadas desde la Ciudad de México que se pagaban por medio de los ingresos obtenidos de la venta de los productos de la misión. Además de este "circuito cerrado" de intercambio comercial, los misioneros a menudo trataban con numerosos mercaderes locales. Los mineros y hacendados compraban alimentos y tejidos de lana en las misiones, mismos que luego distribuían en lugar de pagos en efectivo a sus peones y operarios.

En general, el comercio de la provincia implicó el intercambio de bienes por bienes; sin embargo, los precios se expresaban como reales de plata, para poder establecer los valores equivalentes. En cualquier año, los misioneros enviaban a los reales de minas frecuentes embarques de productos —maíz, pinole, chiles secos, azúcar morena, trigo, frijoles, garbanzos— por medio de los arrieros que pasaban por los pueblos. Recibían su pago en bienes o en plata no acuñada. Todo el sistema misional se situaba en medio de una red de intercambio mercantil que operaba dentro de la provincia y se extendía desde Sonora a Nuevo México, Chihuahua y Sinaloa.

La circulación de bienes entre diferentes asentamientos implicó ciertas normas de reciprocidad aceptadas comúnmente. Los misioneros y los mercaderes, por igual, expresaban sus términos reales de intercambio en medidas de volumen —v.g. fanegas o almudes de grano, varas de tela— aun cuando su valor se entendía en reales de plata. El comercio de los productos por mercancías muchas veces no podía completarse en una sola transacción, debido a que los suministros solicitados por una parte a la otra no estaban disponibles. Este comercio "no terminado" se debía a la incógnita de la entrega de mercancía de Chihuahua o la Ciudad de México, así como a la incertidumbre del ciclo agrícola en la provincia. Por lo tanto, las deudas que surgieron de los pagos diferidos constituyeron la otra cara de este sistema regional de mercadeo. En lugar de dinero o una cantidad especificada de bienes, las libranzas crearon una cadena de "dependencias" entre las misiones y los pueblos fronterizos que, en algunos casos, unían los intereses sonorenses con la capital del virreinato. Los misioneros debían, y se les debía a ellos, sumas sustanciales que generalmente se paga-

ban con bienes materiales y sólo raras veces, en monedas de plata. Manuel Bernardo Monteagudo, terrateniente y oficial presidial, dirigiéndose al padre Phelipe Segesser, resumió bien el problema del adeudamiento mutuo: "Estas cuentas comenzaron hace cierto tiempo, y sólo Dios sabe cuándo terminarán" (AGN Jesuitas IV-10, exp. 10, f. 38).

El problema de las deudas activas y pasivas se complicó aún más debido a los vecinos de los pueblos. A pesar de que algunos cuatreros pobres mantuvieron una actitud servil hacia los misioneros y, aunque pudieron serles útiles, frecuentemente "pedían prestado" semillas, mulas y bueyes; y las esperanzas de recuperar estos préstamos eran escasas. Además, los mayordomos y comisarios no indígenas abusaban de su autoridad y hacían uso libre de la propiedad de la misión para su propio beneficio. Particularmente notable fue su costumbre de adueñarse del ganado mostrenco (no herrado) o sacar provecho de marcas inciertas, cuando los animales se escapaban o eran llevados de un pueblo a otro (AGN Jesuitas IV-10, exp. 4, 171, 172, 201).

Producción de excedentes y riqueza de la misión

¿Qué constituyó la riqueza de las misiones en Sonora? Desde su base agrícola, los pueblos bajo la tutela jesuita almacenaban granos y ganado, alimentos que encontraron una demanda constante en los centros mineros y presidios locales. Estos "bastimentos" acoplados a la tierra en sí, los edificios, y un complemento modesto de herramientas y equipos, comprendían las riquezas acumuladas gracias al trabajo de los indios. Los inventarios levantados periódicamente por los visitantes jesuitas dan una idea de su capital efectivo, esto es, de los recursos productivos que permitieron a las comunidades campesinas sobrevivir y reproducir su economía. Sin embargo, los inventarios de la propiedad misional no explican cómo se invirtió el capital "si éste era para aumentar la producción o para satisfacer necesidades más allá de la subsistencia material. Las secciones siguientes analizan las prácticas económicas de los misioneros por medio de algunos inventarios comparativos de varias misiones y las cuentas anuales de ingresos y egresos para la misión de San Pedro de Aconchi en el valle de Sonora.

El cuadro 1 compara los niveles demográficos y las suertes de tierra conocidas para las misiones opatas del valle de Bavispe en 1765, 1778, y 1794. Las tierras arables incluyen los campos para sembrar

Economía misional y subsistencia indígena

granos y las parcelas regadas manualmente o por acequias. Las cifras de 1778 y 1794 se refieren a las tierras designadas para el común, es decir, separadas de las milpas familiares; por ende, no incluyen toda la tierra irrigable reclamada por las misiones.

Pueblos	Población (Año de 1765)	Suertes* (Año de 1778)	(Año de 1794)
Guásabas	224	24	4
Oputo	193	32	3
Guachinera	182	15	2
Bacerac	478	24	7
Bavispe	284	22	2
Totales	1 361	117	18

* Suerte = 10.5 hectáreas.

Fuentes:

BNFF 34/736, 37/761,764, 36/797/798/803.

AGN PI Leg. 5, Exp. 13, f. 375-380.

AGN AHH Leg. 17, Exp. 24.

Cuadro 1 - Suertes y población misional en el valle de Bavispe.

Las suertes asignadas a las misiones —y, presumiblemente, sembradas para su mantenimiento— disminuyeron en 80% entre los años 1778 y 1794. Las cifras demográficas tomadas de uno de los últimos estados jesuitas sólo indican la base poblacional de la cual la misión se servía de mano de obra para las faenas agrícolas. No puedo explicar

Misión	Pueblos	Familias	Entradas	Gastos	Saldo
VALLE DE BAVISPE					
Guásabas	Oputo	70	1 996	1 580	+415
Bacerac	Guachinera	250	14 920	22 806	-7 166
	Bavispe				
	Tamichopa				
VALLE DE SONORA					
Arizpe	Chinapa	260	12 525	11 121	+1 404
	Bacoachi				
Banamichi	Huepac	120	9 729	11 152	-1 423
	Sinoquipe				
Aconchi	Baviacora	190	9 515	8 210	+1 305
Ures	S. Rosalía	125	698	2 014	-1 316

Fuente: Informe del P. Juan Antonio Baltasar sobre la estructura de las misiones de Sonora, 1744, publicado en Burrus y Zubillaga, *El noroeste de México. Documentos sobre las misiones jesuitas (1600-1769)*, México, UNAM, 1986: 171-196. Originales en la Biblioteca Beinecke de Yale University.

Cuadro 2 - Estado de las misiones de la Opatería, 1741-1744.

totalmente esta disminución de suertes, pero creo que se debe a varios factores relacionados con la economía misional: primero, la merma de tierras provocada por la expansión de la propiedad particular; segundo, la disminución de mano de obra disponible para sostener el común de la misión. Ambos factores se vuelven significativos para la dimensión comercial de la economía misional que se analiza en el cuadro 2.

Las cuentas jesuitas para el partido de San Pedro de Aconchi en la parte central del valle del Sonora ilustran bien la interacción de las misiones con el mercado. Un libro mayor escrito a mano por los misioneros sucesivos para anotar los ingresos y los gastos proporciona un registro detallado de su administración desde 1720 hasta 1767. Algunos reportes diseminados de los franciscanos de varias misiones ayudan a ilustrar las modificaciones que permitieron que se sostuviera, el sistema jesuita durante las décadas siguientes. Para el distrito de Aconchi, listas adicionales del volumen de grano producido en cada uno de los dos pueblos desde 1749 hasta 1762, permiten una comparación con el libro mayor de las ventas y gastos. Combinando estas dos fuentes, podemos estimar qué porciones fueron destinadas al sostén de la comunidad y cuáles al mercado (AMH AS 1, 1666-1828).

Los registros muestran los niveles de producción para cada pueblo, pero suman las compras y ventas del distrito en conjunto. Por tal motivo, es preciso restar el volumen de granos vendidos (en fanegas) de la producción combinada de ambos pueblos a fin de comparar la producción y la venta de trigo y maíz. Las cifras de las ventas de alimentos representan el total para cada año, recopilado de varias transacciones registradas por los misioneros. Además fue necesario calcular las proporciones de maíz y trigo vendido, ya que frecuentemente el misionero anotó el valor combinado para ambos granos bajo el rubro de bastimento. Parte del trigo y maíz salía de las misiones en forma de pinole y harina (una carga de harina correspondía a dos fanegas de trigo). (Thomas Barnes, Thomas Naylor, Charles W. Polzer 1981).

Los rendimientos agrícolas variaban ampliamente de una estación a la siguiente, hecho que ilustra el peso de las variaciones climáticas sobre la economía de la misión. La cosecha de maíz sufrió en mayor grado las condiciones adversas de la sequía que prevaleció de 1750 a 1753. Aun cuando el rendimiento de maíz por fanega sembrada fue mayor que para el trigo, las cosechas de maíz disminuyeron a través

del periodo estudiado. Se puede inferir que las misiones recurrían a la irrigación en el caso del trigo, y que las milpas reservadas para el maíz dependían de las lluvias de verano e invierno. Los frijoles, lentejas y garbanzos figuraban en el sostén de la misión, sembrados tanto para la venta como para el consumo interno. No se incluyen en los cálculos del valor de las cosechas, ya que su producción no fue constante.

Las columnas intituladas **Granos vendidos** y **Porción no vendida**, en el cuadro 3, indican las

cultivos, trigo y maíz, alimentaron a los indios que vivían en las misiones y se vendieron como un bien comercial. La mayor proporción de maíz vendida implica una demanda alta pese a los niveles no uniformes de producción. En total, parece que la administración jesuita intentó balancear las necesidades del consumo interno con las oportunidades para comercializar los excedentes de grano.

La correspondencia de los jesuitas con los arrieros y mercaderes muestra la demanda externa de maíz. En octubre de 1747, Joaquín Chávez le escribió al

Año	Aconchi			Baviacora			Granos vendidos		Porción no vendida	
	Trigo	Maíz	Frijoles	Trigo	Maíz	Frijoles	Trigo	Maíz	Trigo	Maíz
1749	345	240	40	406	215	35	260	249	491	206
1750	368	150	112	263	84	34	120	60	511	174
1751	384	151	38	400	150	29	121	25	663	276
1752	320	83		256	40		138	95	438	28
1753	252	89		284	168		113	110	423	147
1754	542	100	27	528	106	5	150	150	920	56
1755	360	60	12	295	66		119	31	536	95
1756	372	66	28	310	133	6	22	20	660	178
1757	328	106	35	450	109	15	192	144	586	71
1758	140	126	8	164	70	8	25	24	279	172
1759	410	200	40	518	166	14	20	56	908	310
1760	456	93		518	203		175	155	799	141
1761	361	289		546	160		318	266	589	183
1762	423	238		430	200		80	240	773	198
Totales	5 061	1 991	340	5 368	1 870	146	1 853	1 625	8 576	2 235
Media	362	142		383	134					
Std dev	90	70		117	54					
Mínimo	140	60		164	40					
Máximo	542	289		546	215					

Fuente: AMH AS 1, ff. 144-146. (Medidas en fanegas).

Cuadro 3 - Producción de granos en la misión de San Pedro de Aconchi.

porciones de la cosecha destinadas para la venta y la subsistencia. Las cosechas de trigo fueron consistentemente más elevadas que las de maíz; sin embargo, se vendía únicamente una quinta parte de la cosecha de trigo, mientras que dos quintas partes del maíz salían de los pueblos (cuadro 4). Ambos

	Producción	Ventas	Saldo
Trigo	10 429	1 853	8 576
Maíz	3 861	1 625	2 236
Trigo vendido	18%	Trigo consumido o almacenado	82%
Maíz vendido	42%	Maíz consumido o almacenado	58%

Cuadro 4 - Producción y ventas comparadas de trigo y maíz (fanegas). 1749-1762.

padre Phelipe Segesser en Ures, respecto a 130 fanegas de trigo pedidas a la misión: "Pero si hay lugar que las 30 se ferien por maíz, me hará buena obra, porque al trigo ya no le hacen mucho caso." Así mismo, en la primavera de 1764, Joaquín de Cárdenas de San Antonio de la Huerta le imploraba al padre Andrés Michel, "estimándole mucho que otro viaje se puede ser maíz, lo agradeceré". Dos años después, Luis Felipe Díaz le informó al padre Michel de San Gregorio del Llano Colorado que "en San Antonio se halla muy escaso el maíz, no se dejará de vender a buen precio". (AGN Jesuitas IV-10, exp. 8; exp. 80; exp. 185.)

Los jesuitas invertían los recursos de la comunidad en cuatro áreas principales: los medios de producción, el consumo interno, sueldos y el culto

religioso. Los medios de producción comprendían las inversiones de los misioneros en la base agrícola de sus pueblos: v.g. arados, herramientas de hierro, semillas para la siembra, y ganado.

Los bienes de consumo incluían telas y otros regalos distribuidos a los indios semestralmente, así como productos alimenticios —azúcar, chocolate y especias— adquiridos por los misioneros para sí mismos. Los sueldos cubrían la remuneración en dinero y especias a los “sirvientes”, que realizaban servicios en el pueblo más allá de las tareas comunales. Aún cuando los “hijos del pueblo” trabajaban en los campos y construían y reparaban las viviendas de la misión a cambio de alimentos, los misioneros tuvieron la ocasión de recompensar a los artesanos, arrieros, vaqueros y sirvientes domésticos por su trabajo. La construcción de las iglesias requería trabajadores de fuera, los que vivían temporalmente en las misiones y recibían un sueldo. Finalmente, el culto religioso absorbía una parte considerable de los recursos para la compra de imágenes, cálices, órganos y manteles adornados.

Los cuadros 5, 6 y 7 (véanse las siguientes páginas) aclaran la fuente principal de ingresos de la misión y el patrón general de excedentes comerciables. Más de cuatro quintas partes de los ingresos de la misión se derivaron de la venta de granos, mientras que el excedente de ganado y los pagos monetarios directos combinados representaban únicamente una pequeña parte de las ganancias. En el lado de los débitos anotados en la bitácora, más de dos terceras partes de los gastos materiales estaban destinadas al consumo interno: v.g. telas y otros regalos distribuidos a los indios. Casi una cuarta parte de las compras estaba destinada al adorno de las iglesias; esto último representa una cantidad bastante mayor que la inversión en los medios de producción.

El significado de estas cifras se refleja en la lógica de la administración jesuita y su participación en el mercado colonial. Si verdaderamente la fuente más importante de ingresos fue la venta de granos, entonces su capacidad de generar excedentes dependía fuertemente de la mano de obra disponible para sembrar y cosechar las tierras comunales. La disminución de cosechas y ventas durante los últimos años del periodo estudiado, sugiere que los pueblos sufrieron la falta de trabajadores al mismo tiempo que disminuía la base de tierras de la misión. Los fuertes gastos en la vestimenta distribuida a los indios cada año implican que esperaban estos regalos y los convertían en una parte importante de su negociación

con el padre en turno. Posiblemente haya sido el precio de su lealtad, en vista de que el atractivo del gambuceo y los sueldos en los minerales alejó a un número creciente de indios de los pueblos.

Los misioneros continuaron comprando géneros para su distribución en la misión, aun en los años de malas cosechas. Frecuentemente el valor de las compras excedía al de las ventas, hecho que poco preocupaba a los superiores jesuitas, siempre y cuando la misión no incurriera en deudas pidiendo préstamos de capital abiertamente ni dejase de recuperar el dinero que se le debía. Los misioneros, sin embargo, tuvieron que mantener una relación razonable entre sus gastos y sus ingresos; de hecho, durante la década final de la administración jesuita, tanto ingresos como compras cayeron por debajo de los niveles anteriores.

Los precios variaron ampliamente en diferentes localidades y temporadas del año. Por ejemplo, entre la primavera y el otoño de 1749, los precios para diferentes envíos de trigo, maíz y frijoles a Soyopa y La Ventana subieron de 3 pesos a 4 pesos 4 reales y aun 5 pesos por fanega. Las cargas de harina de trigo que se vendían a diez pesos cada una, podían llegar a los doce pesos. El pinole generalmente se vendía a seis pesos por fanega. En los últimos años de la administración jesuita, los precios del trigo y del maíz habían caído hasta llegar a dos pesos por fanega; los del pinole, a cuatro pesos la fanega; y los de la harina de trigo, a siete pesos la carga.

En general, el rango de precios de los productos agrícolas no varió demasiado comparado con los precios que prevalecían en el centro de Nueva España, los de maíz anotados en los libros de Aconchi son altos, pero los de trigo son bajos. Aún más, la estabilidad de la estructura de precios en Sonora en el periodo estudiado contrasta notablemente con el movimiento cíclico que caracterizó al centro de México. Los libros de Aconchi dejan entrever que los jesuitas operaban por medio de contratos con los mercaderes y arrieros de la provincia. Tal vez por eso los precios no reflejan un mercado competitivo. En todo caso, pese a la alta media para el maíz, las misiones proporcionaron alimentos seguros y baratos a los reales de minas de la zona (Richard Garner 1985; BNFF 38/854).

Los libros de los misioneros revelan también la complejidad creciente de las relaciones internas de la comunidad. Comenzando en la década de 1740, además de los alimentos y regalos distribuidos a los “hijos del pueblo”, se anotaron pequeñas cantidades como sueldos y remuneraciones en especie

T R A C E n° 2 2 1 9 9 2

Año	Ingresos		Ganado	Deudas/plata	Medios	Egresos Bienes	Sueldos	Culto
	Granos Fa	Pesos						
1720	621	1 872	264	30	90	2 068	0	2 715
1721	483	1 483	270	755	208	2 289	0	1 635
1722	486	1 816	324	282	0	1 092	0	1 066
1723	888	3 424	649	192	0	872	0	717
1724	250	1 000	150	0	0	1 369	0	2 278
1725	810	3 342	88	140	875	1 315	0	561
1726	144	572	352	607	90	1 880	0	0
1727	848	3 359	444	423	0	2 950	0	329
1728	868	3 518	470	0	0	1 532	0	0
1729	969	3 913	1 269	160	0	2 327	0	7 106
1730	828	3 344	800	728	0	0	0	1 407
1731	743	2 844	224	722	0	2 572	0	1 413
1732	692	2 728	350	30	120	1 718	0	0
1733	712	2 872	0	0	0	2 796	0	0
1734	658	2 682	370	0	0	2 661	700	0
1735	663	2 825	80	0	0	1 715	0	1 323
1736	600	2 420	740	144	744	3 230	0	649
1737	241	868	416	0	0	1 887	0	0
1738	712	2 872	220	0	0	2 100	0	392
1739	340	1 190	168	0	0	1 466	0	92
1740	216	1 172	90	304	24	1 307	0	0
1741	692	2 460	0	0	152	1 791	0	531
1742	607	2 319	850	522	0	2 207	98	370
1743	572	2 090	290	275	0	1 587	0	0
1744	72	215	0	425	0	249	145	0
1749	555	2 057	0	245	0	2 079	182	0
1750	150	654	330	0	0	4 000	100	131
1751	196	522	90	0	0	2 151	0	0
1752	213	849	70	0	0	594	0	0
1753	183	735	190	0	0	478	220	0
1754	308	1 228	0	0	120	591	154	0
1755	150	506	0	100	0	620	0	0
1756	43	128	0	0	0	312	0	0
1757	336	1 054	0	36	0	765	0	0
1758	50	150	0	598	0	625	0	0
1759	76	240	48	0	375	473	0	0
1760	336	1 380	0	57	0	874	0	100
1761	584	2 475	0	24	466	1 172	495	0
1762	320	940	0	0	135	922	0	0
1763	189	596	0	0	0	871	108	0
1764	490	1 122	0	0	95	809	0	154
1766	305	990	0	0	236	814	0	0
Totales	19 199	72 826	9 606	6 799	3 730	63 130	2 202	22 969
Total ingresos	<u>89 231</u>			Total egresos	<u>92 031</u>			

Promedio fanegas/año: 457 Desviación estándar: 267

Fuente: AMH AS 1, 1666-18.

Cuadro 5 - Misión de San Pedro de Aconchi, 1720-1766. Ingresos y egresos.

Ingresos Totales	Ingresos			Medios	Bienes	Egresos Sueldos	Culto	Total
	Granos	Ganado	Plata					
89 231	81.62%	10.77%	7.62%	4.05%	68.60%	2.39%	24.96%	92.031

Cuadro 6 - Misión de San Pedro de Aconchi, 1720-1766. Categorías de ingresos y egresos.

Economía misional y subsistencia indígena

Período	Granos (Fa)	Ventas(\$)	Egresos(\$)
1 1720-1724	546	1 919	1 538
2 1725-1729	728	2 941	2 001
3 1730-1734	727	2 894	1 949
4 1735-1739	511	2 035	2 080
5 1740-1744	432	1 651	1 428
6 1749-1753	259	963	1 860
7 1754-1758	177	613	583
8 1759-1766	329	1 106	848

Cuadro 7 - Promedios por intervalos de 5 años de ingresos y egresos.

para "sirvientes" y un mayordomo residente, que probablemente estuvo a cargo de la construcción y reparación de la iglesia. Por ejemplo, en 1744, el padre Duquesnay le dio 20 marcos de plata al orfebre platero Antonio Ballesteros para que terminara el tabernáculo del Altar Mayor en la iglesia de Baviácora. Aun en los años en los que no se registran sueldos, algunos de los bienes comprados incluyen sueldos en especie, destinados a los sirvientes. La mano de obra pagada comprendía a menudo a indios de otras regiones (frecuentemente yaquis que fungían como mano de obra en construcciones) y gente de razón que constituyó una clase separada de residentes en los pueblos.

La contracción de la economía corporativa de las misiones, reflejada en los sueldos simulados en los pueblos, marcó la transición de la administración jesuita a la franciscana. Desafortunadamente, las bitácoras del partido de San Pedro de Aconchi aparecen muy fragmentadas después de la expulsión de los jesuitas, por lo cual no se puede comparar la economía de ambas administraciones. Unas cuantas anotaciones que datan de 1779-1780 hacen referencia sólo a fanegas de trigo y maíz cosechadas, almacenadas o consumidas internamente. Ya lejos del valle de Sonora, en la Pimería Alta, dos recuentos para San Ignacio y Santiago de Cocóspera en 1787-1788, presentan una versión simplificada de los registros jesuitas analizados anteriormente.

Explicación	Ingreso	Egreso
Memoria de México	2 479p. 2r.	
Pago de parte de la Memoria		583p. 3r.
Cargos por embarque		456p. 1r.
Vestimenta distribuida a los indios		809p.
Sueldos para vaqueros en transporte de ganado		160p.
Iglesia y culto religioso		470p. 6r.
Compra de alimentos, ayuda a enfermos		900p.
Subtotales	2 479p. 2r.	3 379p. 2r.

San Ignacio de Caburica.

Los ingresos de la misión comprendían 520 pesos de la limosna otorgada a cada misionero y 1 954 pesos 2 reales de la venta de sus productos. Fray Arriquibar reconoció un déficit de 900 pesos, que pensaba mantener un año y después compensarlo con los activos en cosechas y ganado. Debido a la falta de moradores permanentes, ya que sólo permaneció un pequeño grupo, la misión dependía de la mano de obra pagada (BNFF 35/761).

Explicación	Ingreso	Egreso
Memoria (venta de la cosecha del año anterior)	1 251p. 5r.	
Descuento sobre cargos por transporte	359p.	
Venta de 6 quintales de plomo	60p.	
Iglesia y culto religioso		209p.
Vestimenta para los indios		713p.
Sueldos para los pastores		67p. 7r.
Sueldos de sirvientes		56p. 6r.
Sueldos de jardineros		13p. 6r.
Requisitos del padre, caridad		217p. 5r.
Ganado comprado		301p.
Pagos a herrero y carpintero		88p.
Reparaciones a molino de harina		10p.

Santiago de Cocóspera.

Los ingresos totales de la misión, que ascendieron a 1 670 pesos y 5 reales, eran casi iguales a los egresos. Las cosechas del año anterior habían rendido 225 fanegas de trigo, 40 de maíz y 3 de lentejas, pero en 1788, toda la cosecha de trigo se había perdido por falta de agua. La misión contaba con extensas tierras, pero sin irrigación, de suerte que era necesario buscar las parcelas más húmedas para la siembra. Las escasas cosechas de maíz en este año de sequía sólo suministraban el pozole para los indígenas que trabajaban en el común. La misión no tenía más fuentes de ingresos que la venta de sus productos, al estipendio del misionero y, ocasionalmente, las subvenciones donadas por los vecinos residentes. La población del pueblo había caído a 17 familias, junto con tres hogares de vecinos. No obstante su escaso número y la disminución de la base productiva, los pimas conservaban una comunidad de subsistencia, habiendo reducido la economía colectiva de la misión a su mínima expresión. Cultivaban sus propias milpas, pero la custodia de la misión se encontraba en forma creciente en manos de los trabajadores asalariados; además pedían un pago para todos los trabajos especializados de carpintería, fundición y cargamento (BNFF 35/762).

Conclusiones

El rendimiento económico de las misiones analizados en las secciones anteriores refleja los procesos generales del siglo XVIII en el provincia. Las políticas borbónicas disminuyeron la fuerza corporativa de las misiones y tendieron a separar la mano de obra indígena de sus comunidades. El acontecimiento más dramático de este periodo, en términos de sus consecuencias para los pueblos, fue la expulsión de los jesuitas en 1767, que inició la secularización de las misiones. Los comisarios civiles nombrados entre la población de vecinos locales para administrar las temporalidades abrieron los graneros, vendieron el ganado, y socavaron aún más la disciplina mínima de la mano de obra agrícola en el común. Aun cuando las tierras de la misión no eran distribuidas oficialmente en parcelas a particulares, en este mismo tiempo, las tierras arables empezaron a caer en manos privadas (John Kessell 1976: 29-53).

Los franciscanos nunca ejercieron el control temporal sobre las misiones que habían disfrutado otrora sus antecesores. Los frailes de la provincia de Xalisco, quienes se hicieron cargo de los pueblos ópatas y pimas bajos, tuvieron autoridad sólo como mentores religiosos. Los misioneros del colegio de *Propaganda Fide* de la Santa Cruz de Querétaro, asignados a la Pimería Alta, instaron al Visitador Real José de Gálvez, para que en 1769 les restaurara el gobierno de las temporalidades. Por lo tanto, sólo en la frontera norte de la provincia de Sonora, expuesta a los apaches y gentiles de los ríos Gila y Colorado, se conservó en parte el método jesuita de administración (Kieran McCarty 1981: 53-72; Cynthia Radding 1979: 13-16).

Aun cuando se comprobó que estos cambios fueron demasiado severos para que perduraran las misiones de todos modos se habían generado en la red de intercambio mercantil que habían establecido los propios jesuitas. Después de 1767, no pudo lograrse la administración de los excedentes de la comunidad por parte de los misioneros, pues los niveles totales de producción disminuyeron a la vez que la pérdida de las tierras menguó el patrimonio de las misiones.

Los moradores indígenas respondieron a estos cambios con el abandono del trabajo intenso requerido para producir los excedentes agrícolas en las tierras comunales. Si bien recibían regalos de vestido y alimentos, los campesinos dependían más de sus esfuerzos individuales que de la misión para

mantenerse. En lugar de cultivar excedentes que se almacenaran en los graneros de la misión, los indios optaron por conservar niveles mínimos de subsistencia o intentaron, por sí mismos, vender sus cosechas y mano de obra en los asentamientos españoles.

En resumen, tres economías se enfrentaron en las comunidades serranas: la lógica indígena de procurarse los medios de vida a través de una variedad de recursos; la lógica misional de administrar los excedentes agrícolas; y la lógica mercantilista de fomentar la empresa privada, expandir el intercambio comercial y levantar sustanciosas ganancias en beneficio de los intereses particulares y de la Corona. En principio, los propósitos jesuíticos diferían de los intereses coloniales, pero en la práctica, su involucramiento en el movimiento mercantil de la provincia alineó la empresa misional más y más con el sector colonial. A largo plazo, este peso comercial resquebrajó las bases productivas de los pueblos. Su empobrecimiento propició la movilidad de los comuneros indígenas, quienes se desplazaban entre varios asentamientos, en busca de un *modus vivendi*. Sus nexos con el mercado colonial los impulsaron a emigrar a los campos mineros y haciendas, añadiendo una nueva dimensión a sus movimientos tradicionales con motivo de la caza y la recolecta.

Bibliografía

- Barnes, Thomas C., Thomas H. Naylor, Charles W. Polzer 1981 - *Northern New Spain, a Research Guide*. University of Arizona, Tucson.
- Braniff, Beatriz 1985 - *La frontera protohistórica pima-opata en Sonora, México. Propositiones arqueológicas preliminares*. UNAM, México, D.F.
- Burrus, Ernest J., Félix Zubillaga 1986 - *El noroeste de México. Documentos sobre las misiones jesuitas (1600-1769)*. UNAM, México, D.F.
- Castetter, Edward F., Willis H. Bell 1942 - *Pima and Papago Agriculture*. University of New Mexico, Albuquerque.
- DiPeso, Charles C. 1956 - *The Upper Pima of San Cayetano del Tumacacori: an Archaeohistorical Reconstruction of the Ootam of Pimeria Alta*. Amerind Foundation, Dagoon.
- Dobyns, Henry F. 1981 - *From Fire to Flood*. Ballena Press, Socorro.
- Garner, Richard L. 1985 - Price Trends in Eighteenth-Century Mexico. *Hispanic American Historical Review* 65 (2): 279-326.
- Kessell, John L. 1976 - *Friars, Soldiers, and Reformers. Hispanic Arizona and the Sonora Mission Frontier, 1767-1865*. University of Arizona, Tucson.

- McCarty, Kieran R. 1981 - *A Spanish Frontier in the Enlightened Age. Franciscan Beginnings in Sonora and Arizona, 1767-1770*. Catholic University, Washington, D.C.
- Nabhan, Gary 1982 - *The Desert Smells Like Rain. A Naturalist in Papago Indian Country*. San Francisco.
- 1986a - Papago Indian Desert Agriculture and Water Control in the Sonoran Desert, 1697-1934. *Applied Geography* 6 (1): 43-59.
- 1986b - Ak-cin and the Environment of Papago Indian Fields. *Applied Geography* 6 (1): 61-76.
- Nentvig, Juan 1971 - *Descripción geográfica, natural y curiosa de la Provincia de Sonora* (Germán Viveros, ed.). Archivo General de la Nación, México, D.F.
- Pennington, Campbell W. 1980 - *The Material Culture. The Pima Bajo of Central Sonora, Mexico*. Vol. I. University of Utah, Salt Lake City.
- Pfefferkorn, Ignaz 1983, 1984 - *Descripción de la Provincia de Sonora*. 2 vols. (Armando Hopkins, eds.). Gobierno del Estado de Sonora, Hermosillo [1795].
- Radding, Cynthia 1979 - *Las estructuras socioeconómicas de las misiones de la Pimería Alta, 1768-1850. Noroeste de México 3*. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, D.F.
- Riley, Carroll L. 1982 - *The Frontier People. The Greater Southwest in the Protohistoric Period*. Southern Illinois University, Carbondale.
- Sheridan, Thomas E. 1988 - *Where the Dove Calls. The Political Ecology of a Peasant Corporate Community in Northwestern Mexico*. University of Arizona, Tucson.
- Spicer, Edward H. 1962 - *Cycles of Conquest*. University of Arizona, Tucson.
- 1980 - *The Yaquis, a Cultural History*. University of Arizona, Tucson.
- Underhill, Ruth M. 1946 - *Papago Indian Religion*. Nueva York.
- 1979 - *Papago Woman*. Nueva York.

PRÓXIMO NÚMERO

T R A C E 2 3

México político hoy

(junio 1 9 9 3)